

# “ENVENENANDO A NUESTRA JUVENTUD”. CAMBIO DE ACTITUDES Y MILITANCIA JUVENIL DURANTE EL SEGUNDO FRANQUISMO

Óscar José Martín García<sup>1</sup>  
 Damián González Madrid<sup>2</sup>  
 Manuel Ortiz Heras<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Universidad de Castilla-La Mancha, Spain. E-mail: oscar.martin@uclm.es

<sup>2</sup> Universidad de Castilla-La Mancha, Spain. E-mail: damiana.gonzalez@uclm.es

<sup>3</sup> Universidad de Castilla-La Mancha, Spain. E-mail: manuel.ortiz@uclm.es

Recibido: 9 Marzo 2009 / Revisado: 12 Abril 2009 / Aceptado: 10 Mayo 2009 / Publicación Online: 15 Octubre 2009

**Resumen:** En los últimos años han aparecido testimonios de participantes de movimiento estudiantil que trivializan y avalan una interpretación débil del valor del mismo. Independientemente de relatos y mitos, lo que resulta innegable es la importancia de la acción juvenil en la erosión y deslegitimación de las estructuras políticas autoritarias. El hecho de que el 67% de todos los procesados por el TOP no hubiesen superado los 31 años dice mucho de hasta qué punto la juventud española asumió la responsabilidad del cambio político. Y lo hizo no sólo en esa parte de España rebotante de universitarios y fábricas, sino también en esa otra marginada de las políticas desarrollistas. Al análisis de las especificidades de este segundo caso, poco atendido por la historiografía, hemos dirigido nuestros esfuerzos, prestando una especial atención a las experiencias informales de micromovilización y a la construcción de redes de relaciones horizontales, antesalas de un compromiso más activo y profundo, e indicadores de que la base potencial para el cambio político suele ser mayor de lo que el descontento políticamente articulado es capaz de sugerirnos.

**Palabras Clave:** acción juvenil, franquismo, movimiento estudiantil, transición.

## 1. JUVENTUD Y ACCIÓN COLECTIVA. AGENTES DE CAMBIO SOCIAL Y POLÍTICO\*

Los vecinos del pequeño pueblo albacetense de Villamalea consumían una apacible tarde de cine dominical con la proyección de la película *Boinas Verdes*, cuando “en una escena que aparecen los yanquis como liberadores de Vietnam” un grupo de jóvenes se levantaron y comenzaron a gritar “asesinos, canallas, imperialistas”<sup>1</sup>. Este altercado que encolerizó sobremanera al intemperante alcalde del pueblo, a la sazón también propietario de la sala de cine en que tuvo lugar el jaleo, ocurrió unos meses antes de que las calles de la ciudad de Albacete amaneciesen sembradas de volantes contra la instalación de “bases nucleares del imperialismo yanqui”. Poco después, en enero de 1974, entre clase y clase, en los aseos y en la cantina del Instituto Femenino de Albacete circuló sigilosamente de mano en mano un panfleto titulado *La lucha sexual de la juventud* en el que, según la policía, se hacía “apología de la liberación de los jóvenes en relación con la moral” y se denunciaba “el papel reaccionario de la familia burguesa”. No extraña, por tanto, que para el gobernador civil de la provincia la distribución de dicho libelo constituyese, con palabras propias de la mejor tradición durkheimiana, “un medio más de la sistemática ofensiva organizada para crear en la juventud

una situación de anomia o carencia de normas morales que haga más fácil su receptividad para ulteriores intentos de orientarla hacia conductas manifiestamente antisociales”<sup>2</sup>.

Posiblemente el zarandeo de la pacata mentalidad de las autoridades locales que provocó este hecho fue directamente proporcional a la zozobra generada entre las mismas por la denuncia de la “falta de liberación de la mujer” realizada por parte de una joven profesora de Filosofía y Letras de dicho instituto<sup>3</sup>. Aún así, ésta corrió mejor suerte que su compañero de Ciencias Naturales y Matemáticas, suspendido de empleo y sueldo por repartir propaganda “subversiva” contra la represión y la falta de libertades democráticas. Si bien a sus compañeros comunistas congratuló el hecho de que la “condena a la expulsión por parte de las alumnas” hubiese sido “unánime” y que un “gran número de éstas, secundadas por alumnos de los institutos Mixto y Masculino” se hubiesen dirigido a la Delegación Provincial de Educación solicitando “que se restituya al profesor expedientado y se dote a los centros de suficiente profesorado”<sup>4</sup>.

Mientras que algunos profesores recibieron la solidaridad de sus estudiantes, otros –los más intransigentes y autoritarios– fueron objeto de las ofensas de los mismos, como aquel que sufrió, en “acción de comando” según la policía, el ataque de “un grupo de estudiantes de COU del Instituto de Enseñanza Media Masculino” que incendiaron la “puerta de acceso a su domicilio privado”<sup>5</sup>. Antes, un puñado de jóvenes católicos de la localidad de Almansa, cansados del tufo mojigato y opresor que desprendía un letárgico contexto lleno de prejuicios y tabúes, ya habían manifestado su malestar ante la represión social y familiar “de los aspectos sexuales y eróticos, para los que se suele utilizar una religiosidad mal entendida”<sup>6</sup>. Un ejemplo más, en definitiva, del “peligro comunista” del que avisaba la turbada retórica oficial, que “con falsas promesas está envenenando a nuestra juventud, quitándoles a Dios y la moral, el cariño de los padres y el amor a la patria”<sup>7</sup>.

Pero más allá de la escandalizada moralina de los prebostes locales de la dictadura, los ejemplos citados son indicadores de la creciente influencia social y política de la juventud, entendida como construcción histórica<sup>8</sup>, y el resultado de procesos específicos de cambio social en el que interactúan factores importados

del contexto internacional, con otros de factura interna, como la mejoría económica, la aparición de la sociedad de consumo y la emergencia de una subcultura juvenil con distintivo propio que se extiende gracias al desarrollo de los medios de comunicación y a los procesos generales de urbanización<sup>9</sup>. La aparición en la empobrecida y rural provincia de Albacete de demandas relacionadas con la desacralización del sexo, la crítica a la moral católica, el antiimperialismo, el pacifismo, el feminismo, la reforma educativa, etcétera, no es más que la expresión nítida de que incluso en las zonas menos prósperas y aisladas de la España franquista ciertos sectores juveniles comenzaron a participar de aquellas inquietudes enraizadas en un ciclo internacional de protestas dentro un sistema global sumido en un acelerado proceso de transformación<sup>10</sup>. El mayo del 68 francés, cúspide simbólica del fenómeno, fue su aliento, sin duda, pero “formó parte del tumulto general que había en Europa, con levantamientos de estudiantes en España, Italia y Polonia, manifestaciones generalizadas en Alemania Occidental y Gran Bretaña y más muestras de combatividad en Bélgica, Suecia y otras partes, todo ello dentro de un marco que vinculaba Vietnam a los asuntos estudiantiles y a las críticas revolucionarias del capitalismo”<sup>11</sup>. No obstante, no es menos cierto que todas estas revueltas estudiantiles y la conflictividad social que agitaron al mundo occidental durante las décadas de los sesenta y setenta surgieron con el marchamo de problemas domésticos y oportunidades o constreñimientos específicos de la escena política en cada país<sup>12</sup>. Con todo, se trató de reacciones globales de una “subcultura juvenil” donde primaba la rebeldía y la oposición al sistema establecido. Su origen estaba relacionado con los movimientos contraculturales norteamericanos<sup>13</sup>.

Como ponen de relieve los ejemplos iniciales, la singularidad sociopolítica que en España trastocaba el simple reparto de propaganda en delito constitutivo de persecución y represión, hizo que la contestación juvenil en nuestro país manifestase un básico objetivo y aglutinador principal al que el resto de principios u opciones quedó subordinado: la lucha contra la dictadura<sup>14</sup>. En cualquier caso las turbulencias sociales y políticas del periodo incorporaron, como ya se ha dicho, un importante componente internacionalista, visible cuando algunos jóvenes albacetenses levantaban sobre los remolques de la vendimia carrozas contra el gasto en armamento, vestían camisetas –con evidente riesgo para su integridad física– tintadas a mano

con el retrato del Che Guevara, gritaban, en carreras nocturnas por calles desiertas, “Viva el pueblo chileno” y “Abajo la Junta Militar”, o desparramaban propaganda antimilitarista frente a la Base Militar Aérea de Los Llanos a lomos de una motocicleta.

Al tiempo que desarrollaban semejantes actitudes, protagonizaban también una abrupta ruptura generacional, no sólo en base a una adscripción biológica sino también cultural, que adoptó nuevos lenguajes, códigos de comunicación y un combativo matiz político<sup>15</sup>, que confirió a sus inquietudes un carácter de rebelión contra, como denunciaron los militantes de la Juventud Obrera Católica de Almansa en 1970, el tradicional y jerarquizado “ambiente familiar autoritario, paternalista, que recurre fácilmente a imponer las cosas sin escuchar razones ni preocupaciones que tenga el joven”<sup>16</sup>. Una ruptura generacional sustanciada en nuevas inquietudes, expectativas y actitudes ante la vida. Aquellos jóvenes deploraron el mundo letárgico y mediocre de sus mayores, con la existencia embargada por el miedo. Al mismo tiempo que rechazaron sus códigos de conducta y unos valores culturales decrépitos y mezquinos a sus ojos. En definitiva, las demandas y anhelos de una parte de la juventud albacetense estuvieron de alguna forma conectadas a los valores contraculturales y antisistema de un sector, fundamentalmente juvenil que quería vivir otra vida y de otra manera<sup>17</sup>.

Por tanto, durante las décadas de los sesenta y setenta se produjo, con efectos incluso en provincias como Albacete, un insoslayable ascenso del papel de la juventud como agente activo del cambio social y político, que discurría paralelo a un proceso de deslegitimación de la dominación de las generaciones precedentes. La responsabilidad de acabar con la dictadura y conquistar el futuro democrático recayó así y en buena medida sobre una juventud que no había vivido la guerra civil y era portadora del estímulo de las ondas expansivas del ciclo internacional de protestas que bajo el asfixiante escenario doméstico del franquismo adquirió un claro y combativo matiz antidictatorial. No en vano, como resultado de su enfrentamiento con el régimen, de todos los procesados por el Tribunal de Orden Público, el 67 por 100 fueron jóvenes menores de 31 años y el 77 por 100 no habían superado los 35 años. Son solamente dos ejemplos que muestran hasta que punto la oposición antifranquista, en un sentido lato, la

protagonizó, en gran parte, la juventud. Ésta, como en otros periodos históricos, se convirtió en la caja de resonancia de las tensiones políticas y sociales de la España del final del franquismo.

Sin embargo, a pesar de contadas excepciones, son mayoritarios los acercamientos que priman las descripciones, las narraciones y los recuentos cuantitativos de las dimensiones sobresalientes de la protesta de los jóvenes, que si bien importantes y necesarios, en general han obviado enfoques más analíticos y profundos<sup>18</sup>. Parece pertinente, ante dicha escasez, empezar a transitar por las sendas de la interpretación, pues más allá de las siempre necesarias cifras y descripciones, se encuentran los mecanismos profundos de un fenómeno de recomposición de la sociedad civil dentro del contexto de una creciente conflictividad social y debilitamiento de la dictadura franquista. Si se tiene en cuenta que los actores sociales, en este caso los jóvenes, se unen como resultado más que como punto de partida, pocas líneas se han dedicado entonces a reflexionar y analizar cómo los individuos conforman un colectivo y se sienten parte de él, al tiempo que otorgan un sentido a la acción que les motiva a movilizarse. Menos tinta se ha invertido en analizar colectivos juveniles de provincias con indudables cambios sociales pero en vías de modernización, carentes de centros universitarios, como pueda ser el caso de Albacete. Dicha falta de atención, entre otras causas, responde a la tendencia de la literatura especializada a, por una parte, identificar las facetas organizativas de la protesta con las estructuras formales de la movilización, y, por otra, a concentrarse en los aspectos visibles o álgidos de la acción, sin prestar demasiado interés a la relación existente entre las fases de visibilidad pública de todo movimiento social y aquellas de latencia que se desarrollan en el seno mismo de la sociedad civil<sup>19</sup>.

Los movimientos sociales son sólo una faceta más de esa sociedad civil, cuya organización no se expresa únicamente a través de huelgas, manifestaciones, algaradas u otros repertorios de acción contenciosa. Es más, de la persecución por parte de la dictadura de cualquier acto de alteración del orden no se puede deducir un comportamiento completamente pasivo y atomizado de la sociedad española del momento. La manida ecuación represión, ausencia de disrupción y desmovilización se encaja siempre en explicaciones que minimizan la capacidad de acción colectiva de los individuos y simplifica la

complejidad de la escena sociopolítica. Si así se hiciese se estarían perdiendo de vista toda una serie de procesos vitales, aunque poco visibles porque anidan en la cotidianeidad, que fueron conformando nuevos espacios de relación juvenil y aprendizaje democrático. En el día a día que fraguó estas esferas de significados y vivencias hubo jóvenes que adquirieron conciencia de su identidad y autonomía y, como resultado, exigieron el reconocimiento social a sus padres, profesores, patronos, autoridades y al resto de la sociedad. En esta línea, las páginas siguientes las dedicaremos a analizar las redes de sociabilidad e interacción, formales e informales, que, al facilitar el abandono de la esfera privada y la colonización del espacio público por parte de un número creciente de jóvenes, abrieron oportunidades para el contacto de los mismos con hábitos y prácticas democráticas en las que germinaría una ciudadanía con nuevas actitudes y comportamientos políticos frente a la dictadura<sup>20</sup>.

## 2. ESPACIOS PARA EL ENCUENTRO

Una encuesta realizada por el Instituto de Opinión Pública en el otoño de 1975 indicó que, en una sociedad española claramente favorable a la restauración de las libertades democráticas, las opiniones partidarias de un cambio político inmediato se concentraban entre los menores de 34 años. Si descendemos al ejemplo que nos ocupa, un estudio sociológico, encargado en octubre de ese mismo año por la Vicaría de Pastoral Social de la también joven diócesis albacetense, señaló que el 97 por 100 de los preguntados menores de 30 años creían conveniente que las autoridades fuesen elegidas mediante un proceso electoral de carácter democrático<sup>21</sup>. Resulta por tanto evidente que con anterioridad a la muerte del dictador, una parte importante de la juventud era favorable, sin ambages o eufemismos, a la implantación de un sistema democrático en España. Esta evolución en las opiniones y comportamientos políticos, más que una consecuencia mecánica de los cambios socioeconómicos, fue el resultado de un proceso gradual y lentamente forjado durante años en las relaciones cotidianas, la *social fabric* de la que debe partir cualquier “historia social de la transición”<sup>22</sup>.

La emergencia de nuevas tendencias sociales más críticas con la dictadura e inclinadas al cambio democrático estuvo relacionada con el creciente contacto con las formas de vida y

valores de la Europa occidental, que facilitaban la emigración, el turismo, la televisión, la publicidad, el consumo de masas, los intercambios culturales, o el aumento en las salidas al extranjero<sup>23</sup>. Sin embargo, los cambios sociales y económicos que experimentó el país desde los años sesenta no pueden explicar en toda su complejidad la aparición de nuevos comportamientos políticos entre crecientes sectores de la juventud española. Tal y como apuntan algunos autores, las transformaciones socioeconómicas, aun siendo de notable magnitud, no constituyen sino “procesos estructurales que generan los límites de los cambios potenciales”, y en consecuencia “no hacen más que señalar los marcos dentro de los cuales es posible moverse”<sup>24</sup>. Por tanto, una descripción menos lineal y predeterminada de esta evolución precisa sumergirse en los sigilosos y cotidianos procesos de contacto, experimentación, aprendizaje y legitimación de las ideas y valores democráticos que se fraguan en los espacios de interacción social, y que tanto contribuyeron a la extensión de posturas críticas contra la dictadura de un número cada vez mayor de jóvenes<sup>25</sup>.

Esas interacciones sociales se desarrollan principalmente en los espacios públicos, y de su potencial amenaza e influencia política en la vida cotidiana de la población dice mucho el despliegue de medios de la dictadura para controlarlos. Durante los años cuarenta y cincuenta el Estado franquista menoscabó, violenta y obstinadamente, la vida comunitaria de los españoles clausurando la práctica totalidad de los círculos de sociabilidad popular. Sin embargo, desde finales de los años sesenta, curas obreros, jóvenes sacerdotes rurales y estudiantes inquietos, comenzaron a promover actividades colectivas relativamente autónomas de los órganos de socialización y encuadramiento de la dictadura. Un hecho que, a pesar de sus limitaciones, no carece de importancia pues sus efectos potenciales se multiplicarían con el paso de los años, sobre todo si se tiene en cuenta el tedioso y mísero panorama sociocultural de una provincia en cuya propia capital los jóvenes no encontraban lugares “donde ir, ni donde juntarse, ni donde hacer absolutamente nada” más allá de la rutinaria programación auspiciada desde la OJE o la Sección Femenina<sup>26</sup>. Para solventar la barbechera de actividades de ocio y formación fuera del ámbito oficial se organizaron, casi siempre bajo el cálido paraguas de las parroquias, competiciones deportivas, clases de

guitarra y alfabetización, excursiones, meriendas campestres o incluso misas. Actividades todas ellas en las que los curas obreros “trataban de abrir un poco los ojos” a jóvenes hasta entonces sin inquietudes sociales o políticas<sup>27</sup>.

Así, en torno a convivencias, partidos de fútbol, colectas, realización de encuestas, debates, guateques, etcétera, más de un joven despertó lentamente a nuevas formas de entender la propia experiencia, a discutir cómo “se deben relacionar los seres humanos” y “qué cosas te parecen bien o mal y qué hay que cambiar”. Entre otros ejemplos, los ejercicios espirituales o las reflexiones de vida sirvieron para que muchachos con problemas semejantes tuvieran la oportunidad de conocerse y compartir sus vivencias, anhelos y frustraciones, pero también su propia concepción de la realidad y el mundo que los circundaba. El ejemplo concreto y personal, y más aún si viene aliñado con tintes dramáticos, ha sido siempre un importante instrumento de convicción, por lo que cualquier actor colectivo en movimiento también es, en parte, un conjunto de historias personales<sup>28</sup>. Se trató, a grandes rasgos, de un proceso sostenido potenciado a través de la socialización progresiva dentro de un grupo de amigos en el que, “sin estar implicados” realmente en nada, compartían inquietudes y la rebeldía propia de la edad. Las actividades a las que nos referíamos antes, a diferencia de otros espacios, les permitían dar rienda suelta a sus insatisfacciones y anhelos, lo que inevitablemente hacía emerger discusiones sobre la problemática personal y colectiva, que desembocaban en la cuestión política y la “falta de libertad”<sup>29</sup>.

Como relata un activista antifranquista, “[todo] aquello [las excursiones, meriendas, competiciones deportivas, tertulias, asambleas, etcétera] parece que no tuvo importancia pero explica cómo nos hemos ido desarrollando después”<sup>30</sup>; una “auténtica universidad de la vida” en palabras de otro militante, pues propició los contactos y las experiencias que hicieron las veces de escenario de las iniciales decisiones políticas en las que se sustentaron posteriores compromisos más duraderos y decididos. A través de las mismas cada vez fueron más los jóvenes que rechazaron miedos y estigmas, que comenzaron a reconocerse a sí mismos y, consecuentemente, a sus oponentes. No extraña, por tanto, que en 1970 la policía informase con recelo de las actividades que tenían lugar en Albacete con la participación de jóvenes, trabajadores, sacerdotes, estudiantes y

militantes del apostolado “habiendo motivos suficientes para pensar que no se reducen sus conversaciones a asuntos religiosos”<sup>31</sup>.

En la provincia de Albacete desde finales de los años sesenta fueron tímidamente brotando, siempre con el resquemor de los púberes jerifaltes de las organizaciones juveniles oficiales, clubes juveniles, organizados por los propios jóvenes trabajadores en los barrios y pueblos que, a juicio de la JOC a la altura de 1970, “son por ahora una de las formas de tomar iniciativas en el tiempo libre”<sup>32</sup>. Estos espacios para la relación y el disfrute del tiempo libre contribuyeron a animar la hasta entonces lánguida vida comunitaria y asociativa de cientos de jóvenes de la provincia. Ese fue el caso del Club de la Juventud de Hellín, que organizó de manera independiente y con total protagonismo de los propios asociados, actividades culturales, recreativas, artísticas y deportivas alternativas a las promovidas desde el Ayuntamiento o la delegación local de la Juventud. Muy vinculados a los clubes juveniles y a los centros parroquiales aparecieron, como nuevas alternativas de ocio salpimentadas con la reflexión sociopolítica, los cineclubs como el Buñuel o el Cine Club Independiente de Almansa, dedicados a la promoción del cine menos comercial y de autor como elemento de estudio y reflexión. Sus ciclos, que llegaron a contar con la presencia de personajes como Juan Antonio Bardem, sirvieron para el establecimiento de debates y el intercambio de ideas entre estudiantes comunistas y militantes católicos<sup>33</sup>.

Como se podrá apreciar a lo largo de este trabajo, y apunta Iris Marion Young, las funciones críticas y de oposición de las esferas públicas de la sociedad civil desarrollan funciones irremplazables para la democracia<sup>34</sup>. En este sentido, los clubes juveniles abrieron, aunque estrechos y precarios por necesidad, nuevos espacios para el encuentro y la discusión que despertaron cierta conciencia crítica entre colectivos juveniles. Éste fue el caso de los jóvenes de la barriada de San Pedro y el Mortero de Albacete, quienes con denuedo y sinsabores instalaron en un salón de Cáritas un club juvenil donde “intentábamos hablar de los derechos de los aprendices, de los problemas del barrio, de la asociación de vecinos y tratar que la gente se comprometiera”<sup>35</sup>. El devenir cotidiano de estos clubes y espacios confirmó que, la mayoría de las veces, la adopción de actitudes más contestatarias fue el sedimento de un lento y

esforzado trabajo diario, de reflexiones y trabajo de grupo en las que raramente “se ponía patas arriba nada” ya que, muy a menudo, la “*Realpolitik* de la opresión hace que la resistencia sea expresada en términos aparentemente apolíticos”<sup>36</sup>, pero en las que desde abajo, desde la problemática cotidiana de jóvenes, trabajadores y estudiantes, fueron aflorando nuevas ideas sobre el poder, la autoridad y la justicia. De esta manera, para muchos jóvenes de aquella época el club juvenil representó un auténtico espacio de libertad que disfrutar entre amigos, y en el que era posible entrar en contacto con individuos (curas obreros o militantes del apostolado, por ejemplo), capaces de transmitir formas de pensar y entender la realidad social y política muy diferentes a las que la escuela y sus respectivos entornos les habían acostumbrado<sup>37</sup>.

Los clubes juveniles y parroquiales organizaron un buen número de actividades culturales, de ocio y recreativas como las excursiones, las convivencias y los campamentos veraniegos. De hecho, y para la JOC albacetense, estos últimos constituían “el elemento aglutinante de la zona a nivel de acción” porque facilitaban “una sustancial movilización además de afianzar la iniciación”. Extremo puesto de relieve en las revistas y pasquines juveniles donde algunos de los participantes relataban sus experiencias en convivencias veraniegas en las que “no había nadie mayor”, estando dirigidas y organizadas únicamente por “los jóvenes asistentes”, en las que se “dialogaba sobre nuestros problemas y otros aspectos y de cómo cada uno nos enfrentábamos a ellos”<sup>38</sup>.

Los curas y organizadores de ese tipo de actividades optaban con frecuencia por poner en contacto a aquellos que sufrían una situación similar, lo que hizo “más posible que el descontento privado e individual” fuese “colectivamente compartido y colectivamente solucionado”<sup>39</sup>. Además del disfrute del río o del saludable aire de la sierra, uno de los objetivos de dichas actividades fue que cada vez más jóvenes albacetenses conociesen cómo vivían y qué hacían otros chavales. Todo ello a través de conversaciones bien con “gente que era de otro palo, que tenía otras ideas”, bien a través del intercambio de experiencias con aquellos con los que existían más afinidades y una visión compartida de la vida, y que permitieron a más de un joven “ver y conocer otras cosas que no se veían en las familias”<sup>40</sup>. Entre baños, competiciones deportivas y

caminatas, despuntaron usos y prácticas informales que ayudaron, a veces de forma apenas perceptible, a fortalecer el eje horizontal de una ciudadanía juvenil e incipiente que de este modo fue disipando el aislamiento, desbaratando la desconfianza mutua y robusteciendo nuevos valores que poco a poco fueron entrando en conflicto con la estructura política de la dictadura<sup>41</sup>.

A través de este tipo de contactos, experiencias e interacciones, jóvenes antes pasivos y aislados comenzaron a percibir las actividades en clubes, centros parroquiales o salones jocistas de una forma efectiva y plena de significados, lo que ayudó a legitimar y dotar de sentido y eficacia colectiva a la participación en las mismas<sup>42</sup>. La colaboración e intervención en un cúmulo de rutinas distintas y variadas, pero que habitualmente contaban con un reverso formativo, fue fortaleciendo la autoestima de muchos jóvenes en sus opiniones y capacidades para enfrentarse a sus propios problemas. Por ejemplo, para algunos de nuestros entrevistados, participantes del movimiento cursillista, su participación en las jornadas de convivencia representaba una actividad propicia para liberarse de un contexto social, político y económico que les oprimía; mucho más, por tanto, que un simple rato de esparcimiento.

De esta manera, podemos afirmar con Putnam, que la presencia y el compromiso activo en círculos cívicos inculca habilidades de cooperación así como un sentido de responsabilidad compartida en los esfuerzos colectivos<sup>43</sup>. Así también lo comprobó la JOC provincial al relatar en 1972 que a través de la participación en diversas actividades, algunos jóvenes trabajadores, “por muy apáticos u oprimidos que estén, se transforman progresivamente y pasan de simples espectadores a actores”, al comenzar “a tener confianza en ellos mismos pues la más pequeña acción de compromiso ya es un triunfo”<sup>44</sup>. No hay que olvidar tampoco que en esos espacios de construcción ciudadana algunos de aquellos jóvenes comenzaron a intimar con hábitos de participación y decisión democrática pues, como decía la prensa, incluso en los campamentos de la OJE, aparecieron juntas juveniles formadas, a pesar de la vigilancia de los imberbes próceres de la Delegación Provincial de la Juventud, por “chicos elegidos entre ellos democráticamente y donde sus acuerdos son tenidos en cuenta por la Junta de Gobierno y cuya eficacia y resultados son sorprendentes, consiguiendo con ello una

participación directa”<sup>45</sup>. Igualmente, por ejemplo, la organización y la toma de decisiones de la Escuela Nocturna Femenina de la JOC era participativa, y al contrario de lo que podía ser el Servicio Social, allí las “jóvenes decidían, opinaban, [y] dirigían el centro”<sup>46</sup>.

De esta forma se fue erosionando desde abajo, en una micromovilización tan efectiva como silenciosa, la contumaz y otrora inexpugnable voluntad del régimen de controlar políticamente a la población. De ahí precisamente provino el reconcomio y la desconfianza que las iniciativas juveniles de promoción social y cultural levantaron entre las autoridades locales, hasta el punto de que cualquier alternativa juvenil de libre aprovechamiento del ocio y del tiempo libre fue estrechamente vigilada, y en última instancia, prohibida. Entre estas últimas podemos citar la del Club Parroquial de Yeste en 1969, o la Asociación de Amigos de Pétrola, promovida por estudiantes de la localidad con relaciones en el mundo universitario con el fin de “establecer en este pequeño pueblo un vínculo entre todos los jóvenes [...] a través de la cultura”<sup>47</sup>. Con el eco de las movilizaciones a cuenta del asesinato de Enrique Ruano y del consiguiente estado de excepción, idéntico camino transitó, en la siempre adelantada Villamalea, el Club de Amigos de la UNESCO, cuyos objetivos oficiales eran impulsar los ideales de esta organización basados en la “educación, la ciencia y la cultura, a favor de la paz, la seguridad y el bienestar social”. Pero el alcalde del pueblo no tardó en denunciar que detrás de tan excelsos fines se escondía escabullida una “marcada tendencia comunista” que, en palabras del gobernador, quedaba reflejada en la planificación de “actos a los que pretenden darle un matiz político”. Por lo que “en beneficio de la paz de este pueblo” las autoridades franquistas negaron la legalización de la asociación<sup>48</sup>. A principios de 1975, con el sano objetivo de “promover la sociabilidad y la amistad entre los jóvenes” y proporcionales oportunidades para su formación cultural y deportiva, apareció en Albacete el club juvenil Rumbo Joven, impulsado, según las autoridades, por un “grupo de jóvenes alumnos del colegio Salesiano de la Inmaculada”, apoyados y motivados por un profesor con ideas concordantes con “las tendencias progresistas de una gran parte de la Iglesia actual”. De todo lo cual, deducía la oficialidad, no era posible “asegurar categóricamente la línea de actuación que en el futuro mantenga dicha asociación”, lo

que la hacía merecedora de especiales miramientos<sup>49</sup>.

Por tanto, la eclosión de una exuberante sociedad civil durante los años de la transición no fue tan sólo la consecuencia directa de la apertura política consignada a través del proceso de democratización. De la misma forma que la ciudadanía democrática no fue el producto automático de la Constitución de 1978 que consagró los derechos civiles y políticos durante cuatro décadas negados y aborrecidos por la dictadura. Como hemos tratado de sugerir en las páginas anteriores, y algunos autores ya han apuntado, esa ciudadanía fundada en valores y contenidos democráticos, no como estatus o condición, sino como proceso histórico, fue el resultado de una construcción gradual y activa de una nueva relación entre los ciudadanos, fundamentalmente de los jóvenes, y el Estado, en un contexto de especial dureza represiva justo cuando la dictadura se encaminaba hacia su desenlace.

Según la Delegación Provincial de la Juventud, entre la minoría de jóvenes más o menos politizados en la provincia a la altura de 1973, la mitad decían estar influenciados por la Iglesia, y la otra mitad por los centros de enseñanza<sup>50</sup>. O por ambos a la vez, pues algunos jóvenes comenzaron a discutir sobre política con el grupo de amigos del instituto y en el club juvenil cerca de algún sacerdote vasco. Se trataba de uno de aquellos clérigos contestatarios, desterrado a las pacíficas aguas de Albacete acusado de subversión y separatismo, y que en su nueva tierra de adopción y destino forzado no perdió la oportunidad de sembrar la semilla de la disidencia. Porque la extensión de la protesta adopta en ocasiones formas, cuanto menos, paradójicas. Sin pretenderlo, las propias autoridades contribuyeron a la extensión de la movilización precisamente cuando lo que se proponían era erradicar, con sigilo y discreción, el germen *marxistoi*de de las aulas y sacristías de las grandes ciudades. Con tal objetivo clérigos y profesionales fueron desterrados a lugares sin grandes concentraciones obreras ni universidades como Albacete. Y de esa forma algunos profesores, curas, médicos o consiliarios de la HOAC castigados con un destino forzoso a Albacete o a su provincia, acabaron difundiendo también allí sus ideas políticas y su posición crítica frente a la dictadura.

Poco a poco, conforme fue avanzando la década de los setenta, en los institutos de la capital

provincial hubo más jóvenes dispuestos a intercambiar libros de Marcuse y Sartre, revistas, panfletos, música o a conversar –en cafeterías o domicilios– sobre literatura, filosofía o política<sup>51</sup>. Todo ello dinamizado por algún profesor de inquietudes democráticas, en este caso desterrado por su relación con los grupos de oposición nacionalista en su Galicia natal, y en cuyo domicilio –compartido con curas *progres*– se organizaron reuniones semiclandestinas, informales veladas literarias y recitales poéticos. Como algún viejo alumno recordaba para nosotros, en un contexto donde lo habitual era un profesorado acomodado en la pasividad de la ortodoxia dictatorial y en la insolencia intelectual, “cuando alguien se preocupaba de que leyese u organizaba alguna cosa pues le seguías y le apoyabas”<sup>52</sup>. Para los que participaron de aquellas experiencias, esos contactos con profesores o sacerdotes representaron, en primera instancia, la oportunidad de aprender aquello que era imposible en clase, lo que permitió a los más atrevidos cuestionar las enseñanzas que luego recibían en clase. Pero también aquellas reuniones informales representaron un valioso canal a través del cual fluyeron, se interpretaron y debatieron, todo tipo de informaciones sobre la actualidad política del país.

Pero la actividad sociopolítica en los centros de enseñanza secundaria también estuvo animada por una minoría de jóvenes militantes de las organizaciones de oposición previamente socializados en los ambientes universitarios de Murcia, Valencia o Madrid, y con vínculos con el movimiento estudiantil. Éstos se afanaron en ir “abriendo redes y contactando con gentes” a “nivel de amistad” para expandir la organización antifranquista en la capital manchega<sup>53</sup>. Estos estudiantes, habitualmente militantes del PCE o de las organizaciones a su izquierda, buscaron con insistencia la ocasión para “hablar con más gente” y convencer a compañeros de instituto, de pandilla y vecinos, “al mínimo resquicio de rebeldía que veíamos”, para participar en debates, reuniones, etcétera<sup>54</sup>. En este sentido los vínculos sociales constituyen un canal fundamental para la conexión de los potenciales activistas con una oportunidad para la participación. Habitualmente no suelen ser individuos aislados los que se movilizan, y la motivación personal no suele conducir demasiado lejos si se carece de una estructura organizativa mínima, por eso el concurso de estos jóvenes militantes fue muy relevante pues como resultado de estas interacciones o

micromovilizaciones, algunos otros se decidieron a transitar desde la queja y la irritación hacia un compromiso político más activo o militante.

Compromiso militante en el que en muchas ocasiones lo ideológico quedó en segundo término pues no fueron pocos los que se enrolaron en las filas comunistas simplemente porque el partido disponía de una organización atractiva, potente, solidaria y capaz de desafiar al régimen. Era algo que los demás no podían ofrecer, por lo que muchos jóvenes, estudiantes o profesionales formaron en el partido aun desconociendo si se sentían realmente comunistas. Ese poder de atracción de la organización permitió al sector estudiantil albacetense encarar acontecimientos decisivos como la designación del Magisterio como enseñanza superior o la extensión de la revuelta universitaria al campo de la educación secundaria, ya a principios de los 70 –contra la ley de educación–, con una cierta organización, lo que le permitiría ser un foco constante aunque intermitente de protesta, desde 1972 hasta el final de la dictadura con formas más abiertas de participación.

A ello contribuiría el hecho de que si bien es cierto que el desarrollo económico y social de toda La Mancha no fue sino muy modesto, cada vez más jóvenes albacetenses de clase media consiguieron acceder desde mediados de los sesenta a una universidad crecientemente masificada, más diversificada socialmente y transmutada en una zona de libertad como no habían conocido antes. Nos referimos a Murcia, Valencia, Granada, Madrid o Salamanca, y de ambientes donde lo natural era ser antifranquista. Para algunos de estos jóvenes la universidad supuso una auténtica transformación vital. Representó la salida de la “provinciana” Albacete para conocer un mundo nuevo de ideas, vivencias y percepciones que sirvieron para que algunos despertasen a la conciencia política crítica, y para que otros afianzasen las convicciones que traían de sus pequeños contextos de micromovilización en Albacete.

Los que acabaron militando en la oposición estudiantil en sus universidades de destino jugaron un papel destacado en la extensión de la protesta en sus lugares de origen. Cuando regresaban al pueblo o la capital, en vacaciones por ejemplo, solían acarrear no sólo libros, propaganda o ideas, sino también modelos para la acción colectiva, marcos y estructuras de

movilización que abrieron oportunidades para los jóvenes adherentes de las redes sociales que estaban germinando en las escuelas superiores, los institutos, en los pequeños movimientos culturales, e incluso entre trabajadores.

Aquellos jóvenes abandonaron el movimiento estudiantil una vez concluidos sus estudios. Pero eso no supuso un punto y final a la militancia, pues luego cumplieron un papel fundamental trasladando la lucha universitaria a su nuevo entorno laboral. En el caso de Albacete esos jóvenes profesionales universitarios (abogados, médicos, profesores, etcétera) fueron los responsables de las sucesivas reconstrucciones del PCE, defendieron a los trabajadores fundando un despacho laboralista, mejoraron ostensiblemente el periodismo profesional oficial y el clandestino, y se les puede responsabilizar directamente de diferentes conflictos laborales protagonizados por los funcionarios ministeriales, municipales y del personal sanitario.

Las redes personales y las interacciones informales posibilitaron una creciente implicación política de la juventud porque ofrecían una alternativa frente a una realidad cotidiana que no les satisfacía. Aquellos que desarrollaron alguna inquietud política y cultural, que comenzaron a sentir la necesidad de vivir con mayor libertad, con más conocimientos y menos sujeciones, no encontraban en Albacete sino motivos para el desánimo. La minoría de los jóvenes que solían implicarse en este tipo de arriesgadas prácticas desarrolló –modelado en discusiones y lecturas– un sentimiento de *minusvalía cultural*, una “conciencia subjetiva de mutilación cultural”, en palabras de Mainer, que les llevó a aborrecer, por gris y asfixiante, el peculiar ambiente que dominaba Albacete durante los años sesenta y setenta<sup>55</sup>. Así, jóvenes desazonados y agitados por tan anodina y mediocre existencia, que “necesitábamos, por fuerza, de la libertad de expresión”, fueron llegando al antifranquismo, acuciados principalmente por cuestiones más bien de tipo cultural, estético, moral y político, por valores, en definitiva, postmaterialistas y postpatriarcales, que son los que diferencian al estudiantil de otros movimientos clásicos con los que convivió<sup>56</sup>.

Como se puede apreciar, a partir de todas estas agrupaciones informales y a través de los lazos en ellas forjados fraguaron las bases para el reclutamiento en las organizaciones sociales de

oposición al franquismo ya que, como apunta Passy, las “redes sociales juegan un papel esencial en los procesos de participación de los individuos en los movimientos sociales”<sup>57</sup>. No obstante, hay que destacar que muchos de los jóvenes participantes y adherentes de las actividades promovidas en los institutos, en las asociaciones culturales, en los círculos recreativos, en los cineclubs, etcétera, nunca tomaron parte activa en el antifranquismo militante. La mayoría nunca pertenecieron a los reducidos, aunque en crecimiento conforme avanzaban los años setenta, grupos de activistas contrarios a la dictadura. Lo cual no es óbice para anotar que a través de los intercambios y vivencias experimentadas en las redes horizontales de sociabilidad incluso los menos decididos y medrosos comenzaron a intimar, a familiarizarse, a valorar y legitimar prácticas y comportamientos antagónicos a los patrocinados por la dictadura. A través del contacto diario con formas más autónomas de relación y expresión, el apoyo a las actitudes y opiniones de aquellos más comprometidos con la lucha democrática no hizo sino crecer y afirmarse, incluso y sobre todo, entre los menos dispuestos a la acción colectiva<sup>58</sup>. De todo lo cual puede deducirse que si el foco de análisis no se dirige exclusivamente a las acciones disruptivas del orden y a los balances cuantitativos de la protesta, la base potencial para el cambio político es mucho mayor de lo que el descontento políticamente articulado alcanza a sugerirnos<sup>59</sup>.

Según un informe del PCE fechado en 1970, el entorno estudiantil de la capital provincial era uno de los pocos ambientes en los que “se discutía mucho de marxismo”. Circulaba también alguna literatura prohibida, y aquellos más inquietos buscaban “ejemplares del libro de Polizer *Problemas elementales de filosofía* en español”<sup>60</sup>. Obras que habitualmente fueron objeto de reflexión y de discusión entre compañeros, y que posibilitaron algún compromiso político más decidido, expresado, llegado el caso, de muy variadas formas. Un grupo de jóvenes artistas locales como Arnedo, Quijano o Cañaveras, formados en diferentes facultades y escuelas de Bellas Artes y relacionados con el movimiento universitario antifranquista, lo hicieron a través de la pintura. Su militancia política quedó revelada en sus exposiciones en la Librería Delta y posteriormente en la Librería Popular, en las que se trataba –para disgusto de las autoridades– el mundo del trabajo, la sordidez de la prostitución,

o el sufrimiento humano, para “atacar a la sociedad que los hace posible”<sup>61</sup>.

Aquellos jóvenes activos también se embarcaron en el desinteresado impulso de actividades socioculturales comprometidas con la animación del soporífero ambiente cultural de la provincia. En este empeño se encontraban los estudiantes del Preu que pusieron en funcionamiento la revista de creación literaria *El Silbo*, cuando ésta fue rápidamente prohibida por el gobernador, o la representación de obras teatrales de autores como Bertold Brecht u otros dramaturgos críticos, que también toparon con los obstáculos oficiales. Fue el caso del grupo de teatro *Besana*, nacido en 1973 en torno a una veintena de jóvenes de la Sección Femenina y del Instituto Masculino de Albacete, unidos en la inquietud por el teatro porque “nos ayuda a desenvolvernos mejor” y porque las vivencias en torno al grupo teatral estaban “llenas de matices que enriquecen la personalidad”. Inicialmente dirigido por un joven inglés, *Besana* llevó a cabo un teatro experimental y moderno con la mirada puesta en los referentes europeos de mayor nivel<sup>62</sup>. A partir de 1974, cuando se hizo cargo del grupo otro joven, éste cercano a sectores universitarios socialistas, comenzó a representar por diferentes localidades de la provincia piezas como *El retablo del flautista* de Jordi Teixidor, que según la edición albacetense del diario *Pueblo* era una de las “obras más polémicas de estas últimas temporadas”. Por tal motivo la representación, que debía tener lugar en Villarrobledo en el otoño de 1974, no tardó en ser prohibida por el gobernador civil. Hecho que llevó a los actores, en señal de protesta, a abandonar *Besana* y a organizar otro grupo teatral al margen de la rama femenina de la OJE, porque “estará más libre” ante “los impedimentos que Sección Femenina impone en ciertas representaciones de ciertas obras”<sup>63</sup>. Tampoco fueron ajenos a las interferencias oficiales otros grupos de teatro juvenil como *La Troya*, *Niebla* o el *Equipo de Teatro de Albacete*, demandantes todos ellos de acciones conducentes a que “en Albacete se haga algo aparte de las manifestaciones culturales de la Casa de la Cultura”. Así, conforme avanzaron los años setenta, y mientras que las autoridades locales defendían una programación cultural en la que no cabía un atisbo de nada que pudiera interpretarse como una crítica a la religión o las leyes fundamentales, otro público, por lo general joven, asistía enfervorizado a las aún pocas

representaciones de teatro experimental que se celebraban a cuentagotas en la ciudad<sup>64</sup>.

En definitiva, y para concluir con este apartado, podemos sostener que desde finales de los años sesenta un número cada vez mayor de jóvenes, en este caso albacetenses pero probablemente también de otros lugares similares, se transformaron en actores políticos de su propio destino, convirtiéndose en protagonistas de una *transición invisible* que facilitó la posterior llegada de la democracia. A través de las interacciones informales descritas, cada vez más jóvenes comenzaron a explorar nuevas formas de ciudadanía y, mediante el diálogo y la discusión, legitimaron nuevas ideas sobre las relaciones de poder, los valores imperantes y las reglas de la vida cotidiana. A partir de dichas prácticas sociales, incardinadas en el devenir diario y subterráneo de la sociedad civil, se construyó una red de relaciones horizontales que conectó a individuos antes atomizados por los esfuerzos desmovilizadores del régimen, lo que contribuyó a corroer, lenta y silenciosamente, la pasividad social de la que el franquismo venía gozando desde hacía treinta años<sup>65</sup>.

### 3. REDES DE CONFIANZA Y MILITANCIA EN UNA SOCIABILIDAD MÁS INTENSA

Las razones por las que aquellos jóvenes estudiantes de los años sesenta y setenta decidieron protestar pueden explicarse en términos de un mayor nivel de cualificación y capacitación o de una mayor disponibilidad del tiempo libre. O incluso, retomando teorías sociológicas clásicas, se podría hablar de algún déficit social entre aquellos más inquietos<sup>66</sup>. Sin embargo, como apunta Della Porta, y hemos intentado desbrozar en los apartados anteriores, en la creación del compromiso militante son decisivas las redes relacionales en las que se produce una socialización en torno a determinados vínculos personales y afectivos que animan a la participación en tareas colectivas<sup>67</sup>. Difícilmente se podría entender la decisión de muchos jóvenes de oponerse a la dictadura franquista sin referirse a las vivencias, aún con sus claroscuros, la camaradería y los valores solidarios tejidos entre aquellos compañeros de viaje que compartieron el sueño de cambiar la realidad que les circundaba. Las relaciones personales establecidas en clubes juveniles, institutos y demás espacios ganados al régimen, fueron dando lugar a redes de sociabilidad en las que muchos jóvenes sintieron

la política como un eje articulador de su existencia cotidiana hasta el punto de que para los más concienciados les era imposible deslindar lo político de lo personal (“militantes las veinticuatro horas del día”); como imposible les era también separar la militancia política de lo que era una relación de amistad, por lo que el robustecimiento del compromiso político se producía de manera inseparable a la intensificación de los lazos afectivos entre aquellos que, de una forma u otra, no se resignaban a vegetar en medio de una sociedad que en absoluto les satisfacía<sup>68</sup>.

Del compañerismo y los lazos afectivos surgirá asimismo una parte importante de la carga identitaria de la cual fue capaz de dotarse el movimiento. Nos referimos a su componente netamente juvenil trufado de ingredientes clásicos como la energía, la utopía, la autonomía o las ansias de experimentar y vivir. De hecho, la raíz de no pocas de estas militancias tuvo más que ver con ese vitalismo unido a ciertos comportamientos generacionales estereotipados, que con una elaboración ideológica madura. En estos casos el compromiso político inicial descansó en primera instancia en el impulso hacia la aventura, hacia el lado más oscuro y tentador de la propia existencia, ya que luchar contra el aparato franquista representaba entre algunos jóvenes “una cosa prohibida que atraía, que fascinaba” y que por sí misma proporcionaba la energía necesaria para continuar en la brecha. La militancia política se convertía así en algo excitante al llevar consigo la continua y palpitante experimentación, nuevas relaciones, salidas nocturnas, viajes, etcétera<sup>69</sup>. No debe extrañarnos por tanto que muchos recuerden aquellos años como una época de plenitud, en la que sus vidas se aceleraron en un imparable trasiego donde no cabía el desánimo ni flaqueaban las fuerzas.

En esta línea podemos señalar con Luisa Paserini que el compañerismo y los lazos afectivos –también amorosos– llenaron la militancia de nuevos significados y emociones, haciendo de la misma una experiencia más plena e intensa<sup>70</sup>, hasta el punto de que el objetivo político fue progresivamente impregnando e incluso apoderándose de facetas antes exclusivas de la cotidianeidad. Tanto, que la militancia se convirtió en una poderosa fuente de sentido vital al comportar, como nos relataba un militante comunista, “una situación en la que no había marcha atrás” sin traicionar la “propia identidad”, definida en buena parte por

oposición a la dictadura<sup>71</sup>. De forma paralela y en el seno de estas redes, los lazos de unión y complicidad se fueron robusteciendo conforme el compromiso político se fue intensificando y haciendo más decidido<sup>72</sup>. Bajo esta dinámica, y al mismo tiempo que se configura el círculo de amistades, era la conciencia política la que “te marcaba el grupo de amigos y en cierta manera incluso te distanciaba de otros”<sup>73</sup>. De este modo, el posicionamiento y las actitudes políticas representaron “un signo de identidad que te situaba en un plano de igualdad” con otros jóvenes con ideas y expectativas parecidas, que poco a poco iba congregando los puntos de sociabilidad de los mismos alrededor de gente que de alguna forma había optado por la heterodoxia con respecto al régimen dictatorial<sup>74</sup>.

El enfoque *micro* adoptado en este trabajo para analizar los procesos de movilización juvenil soterrados e incardinados en la cotidianeidad de la sociedad civil ofrece nuevas perspectivas sobre los actores colectivos que van más allá de las tradicionales visiones funcionalistas que los presentan como víctimas indefensas de la represión. En efecto, los movimientos sociales, como agentes de cambio, disponen de cierta capacidad para resistir, sortear, y adaptarse a la violencia ejercida por los aparatos de coerción del Estado<sup>75</sup>. En este sentido, la capacidad de la violencia política, aun reconociendo su eficacia disuasoria, queda menguada cuando los lazos personales y emocionales que se fraguan en el día a día de la militancia facilitan la identificación con una comunidad que proporciona una ideología para nombrar a la represión y un grupo de solidaridad que ofrece apoyo emocional<sup>76</sup>. Durante la fase terminal del franquismo, gracias a estos vínculos de compañerismo, los efectos de la represión sobre los individuos disminuyeron su capacidad desmovilizadora. Esto fue posible al disminuir los costes, ya que al compartir valores, tiempo de trabajo y riesgo las relaciones se estrechan entre aquellos más comprometidos en la acción militante y aumentan las recompensas en forma de solidaridad, afecto y consideración. Así, aunque la represión asustó a no pocos, entre una minoría politizada los lazos afectivos contrapesaron los costes que podían acarrear la clandestinidad y la intimidación policial. Los apaleamientos y la tortura psicológica, con amenazas de “darme el *paseo* y pegarme dos tiros” eran soportables porque “frente al franquismo había una solidaridad fuerte, muy sólida entre todos nosotros”<sup>77</sup>. Lo que hizo que

aquellos activistas, escarmentados en primera persona a base de “torturas, puñetazos, palos en los pies”, molidos a palos “con vergas que se rompieron repetidas veces en mi cuerpo” o amenazando a las familias, no se doblegasen fue la capacidad del grupo para solidarizarse con la víctima y redoblar el compromiso colectivo, pero también la creación, hacia dentro y hacia fuera, de un marco simbólico de injusticia para definir la actuación gubernamental<sup>78</sup>. Por tanto y a pesar de la violencia ejercida sobre los activistas, los vínculos emocionales de apoyo mutuo y amistad facilitan el compromiso y contribuyen a amortizar los costes de la inversión del individuo en la acción colectiva<sup>79</sup>.

En los círculos de militancia el joven represaliado recibió por parte de sus compañeros una sanción positiva en términos de prestigio y aprobación<sup>80</sup>. Por esta razón no podía ser mayor el desasosiego y desconcierto de la policía al comprobar que los detenidos por causas políticas “lucen sus heridas en combate ante sus compañeros” y acaban convirtiéndose en una suerte de mártires. Para estos héroes molidos a palos los flujos de fraternidad encauzados a través de las redes personales tenían un efecto balsámico, la soledad desaparecía y con ella también el miedo. Y eso provocó que “mereciese la pena luchar, que mereciese la pena acabar con la dictadura”<sup>81</sup>. Al fin y al cabo, bajo las intensas vivencias de la represión sufrida y la solidaridad recibida las protestas y movilizaciones bajo dictaduras y estados autoritarios representan un aspecto emocional y “heroico” que contribuye a su politización<sup>82</sup>.

Eso resulta especialmente visible cuando la red relacional es capaz de funcionar como “red de significado” e interpretar la violencia en una determinada dirección. De esta forma se crearon marcos de injusticia que consolidaron los compromisos ya existentes y animaron nuevos empeños contra la dictadura. En este sentido, la represión quedó muy lejos de provocar inhibición en cuanto pudo ser percibida y representada como ilícita e inmoral en institutos, salones parroquiales, cineclubs, etcétera. Es más, para los más politizados, la exposición a la violencia se convirtió casi en una responsabilidad ética y compromiso moral. De tal manera que no fueron pocos los que se unieron al antifranquismo por “inquietudes más desde el punto de vista ético y moral que desde otro punto de vista”<sup>83</sup>. Por ejemplo, fue grande la indignación y la motivación para acabar con una dictadura represora la sentida por quienes en

alguna ocasión vivieron de cerca el apaleamiento de compañeros de instituto o amigos, o contemplaron las innumerables huellas que los golpes y quemaduras dejaron en sus cuerpos. No es ninguna extravagancia por tanto que algunos de aquellos jóvenes decidiesen, a pesar del terror que producía la posibilidad de acabar en una comisaría, desafiar al miedo cuando entraron “en contacto con gente un poco mayor que nosotros, pero también muy jovencita, que habían tenido que dejar la universidad porque los habían encarcelado acusados de propaganda ilegal, nos narraban las torturas en comisaría, [y] eso te hacía rebelarte, te hacía movilizarte contra esa represión que ves injusta [...] Cuando has conocido gente que ha estado represaliada te sentías libre al luchar contra eso”<sup>84</sup>.

La solidaridad con compañeros, amigos o conocidos represaliados se convirtió en una causa añadida a muchos conflictos y generadora de politización y socialización antifranquista entre no pocos jóvenes hasta entonces sin grandes inquietudes políticas. Los flujos de solidaridad canalizados en redes informales como las que hemos estudiado hasta el momento hicieron posible que los factores desincentivadores de la protesta mutasen en algunas ocasiones en recursos hipergeneradores de la misma<sup>85</sup>. En este sentido, las muestras de solidaridad ayudaron a visibilizar que los que compartían una visión negativa de la dictadura, y sus métodos, eran más numerosos de lo que cabría sospechar, fortaleciendo así la determinación de los activistas, al tiempo que la oposición al régimen quedaba legitimada y justificada.

En definitiva, aquellos jóvenes que osaron rebelarse contra la dictadura franquista mantuvieron su dignidad, adquirieron conciencia de su propia historia y reconocieron la centralidad que la política tenía en sus vidas gracias a la solidaridad canalizada en las redes informales y horizontales trabadas en el devenir cotidiano de la sociedad civil. Todo ello bajo una militancia que, como se ha tratado de demostrar a lo largo del texto, si bien no puede ser tildada de irracional tampoco respondió simplemente a la cruda y fría lógica del cálculo aséptico entre costes y beneficios, pues en buena manera estuvo fundada en el compañerismo, confianza y solidaridad entre aquellos que compartían lo que entonces no alcanzaba sino la categoría del deseo.

## NOTAS

\* Investigación financiada por el Ministerio de Educación y Ciencia, HUM2006-14138-C06-03/HIST.

1 Citado en Sanz Díaz, Benito, *Villamalea. Historia de un pueblo de Castilla-La Mancha*, 1875-1977. Villamalea, Ayuntamiento, 2003, p. 250.

2 Archivo Histórico Provincial de Albacete (AHPA), Interior, Gobierno Civil (GC), 1974, caja 2831.

<sup>3</sup> *La Verdad de Albacete (LVA)*, 3 de agosto de 1974.

<sup>4</sup> Archivo Histórico del Partido Comunista (AHPCE), Publicaciones Periódicas, Carpeta 45/6, septiembre 1974, *Boletín Democrático de Información*, 5.

<sup>5</sup> AHPA, Interior, GC, 1972, “Memoria del Gobierno Civil” (libro).

<sup>6</sup> Archivo Histórico de la Juventud Obrera Católica (AHJOC), Zona Levante-Sureste, (ZLS), caja 95, carpeta 2.2.

<sup>7</sup> *LVA*, 11 de octubre de 1975.

<sup>8</sup> Véase Souto Kustrín, Sandra, “Juventud, teoría e historia: la formación de un sujeto social y de un objeto de análisis”. *Historia Actual Online*, 13, 2007, p. 182. [Revista en línea]. Disponible desde Internet en:

<<http://www.historia-actual.com/hao/Volumes/Volume1/Issue13/eng/v1i13c14.pdf>> [con acceso 31/01/2009].

<sup>9</sup> Marwick, Arthur, *The Sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy, and the United States, 1958-1974*. Oxford, Oxford University Press, 1998, p. 36.

<sup>10</sup> Tarrow, Sydney, *Democracy and Disorder. Protest and Politics in Italy, 1965-1975*. Oxford, Clarendon Press, 1989, pp. 58-60.

<sup>11</sup> Eley, Geoff, *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*. Barcelona, Crítica, 2003, p. 341.

<sup>12</sup> Tarrow, Sydney, *Struggle, Politics and Reform: Collective Action, Social Movements and Cycles of Protest*. Cornell University, Western Society Program, Occasional Paper, 21 (1991), p. 68.

<sup>13</sup> Valdelvira, Gregorio, *La oposición estudiantil al franquismo*, Madrid, Editorial Síntesis, 2006. P. 131 y ss.

<sup>14</sup> Hernández Sandoica, Elena, “Estudiantes en la universidad española (1956-1975): Cambio generacional y movilización antifranquista”, en Damián A. González Madrid, *El franquismo y la transición en España. Desmitificación y reconstrucción de la memoria de una época*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008, p. 98. Álvarez Junco, José, “Movimientos sociales en España. Del modelo tradicional a la modernidad posfranquista”, en Enrique Laraña y Joseph Gusfield, *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid, CIS, 2001. pp. 420-430.

<sup>15</sup> Carrillo Linares, Alberto, “Movimiento estudiantil antifranquista, cultura política y transición política a la democracia”, en *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 5 (2006), p. 152.

<sup>16</sup> AHJOC, ZLS, 1970, caja 95, carpeta 2.2.

<sup>17</sup> “Tuvimos muy mala suerte, nuestros padres eran los hijos de la guerra, no eran los que había hecho la

guerra. Eran los hijos y entonces ya habían chupado todo el miedo, toda la represión. Era gente muy miedosa, que transmitía el miedo, que era un miedo a nada, [por]que ellos no hicieron nada [...] Todo lo gris que transportaba el sistema ellos lo asumían y lo rebotaban a la sociedad [...] Los abuelos sí, lucharon, los derrotaron, pero lucharon y vivieron su revolución y vivieron su libertad [...] pero nuestros padres no... tuvimos mala suerte [...]”. Seminario de Estudios de Franquismo y Transición (SEFT), 12 de diciembre de 2005, entrevista con José Carlos López de Prado, militante del Partido Comunista (marxista-leninista) en adelante PC [m-I].

<sup>18</sup> En general, parece haber un amplio consenso a la hora de destacar el papel de la juventud como agente de cambio de esta coyuntura, si bien, normalmente, ese protagonismo está asociado a su condición de universitarios. En nuestro caso, apostamos por enfatizar su activismo como colectivo generacional influido por su paso por las aulas, a diferentes niveles, donde tomaban contacto con una conciencia crítica que les hacía enfrentarse con la realidad política, social y cultural de un país sometido por aquella dictadura. De estas obras podemos destacar: Nicolás Marín, Encarna y Alted Vigil, Alicia, *Disidencia en el franquismo (1939-1975)*. Murcia, Diego Marín, 1999. En particular páginas 74-78. Ysàs, Pere, *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*. Barcelona, Crítica, 2004. En particular, páginas 1-46. Hernández Sandoica, Elena, Ruiz Carnicer, Miguel Ángel y Baldó Lacomba, Marc, *Estudiantes contra Franco (1939-1975)*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2007. Todo ello precedido de la imprescindible publicación de Mesa, Roberto, *Jaraneros y alborotadores, Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*. Madrid, UCM, 1982.

<sup>19</sup> Laraña, Enrique, *La construcción de los movimientos sociales*. Madrid, Alianza, 1999, p. 203.

<sup>20</sup> Véase Ortiz Heras, Manuel, “Historia social de la dictadura franquista: apoyos sociales y actitudes de los españoles”, en *Spagna Contemporanea*, 28 (2005), pp. 169-186.

<sup>21</sup> *LVA*, 21 de octubre de 1975.

<sup>22</sup> Radcliff, Pamela, “Associations and the Social Origins of the Transition during the Late Franco Regimen”, en Nigel Townson, *Spain Transformed. The Late Franco Dictatorship, 1959-1975*. Nueva York, Palgrave MacMillan, 2007, p. 171.

<sup>23</sup> Ysàs, Pere, “¿Una sociedad pasiva? Actitudes, activismo y conflictividad social en el franquismo tardío”, en *Ayer*, 68 (2007), pp. 33-39.

<sup>24</sup> McAdam, Doug; Tarrow, Sydney y Tilly, Charles, *Dinámica de la contienda política*. Barcelona, Hacer, 2005, p. 202.

<sup>25</sup> Martín García, Óscar J., *A tientas con la democracia. Movilización y cambio político en la provincia de Albacete, 1966-1977*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008, pp. 20-22.

- 26 SEFT, 18 de mayo de 2005, entrevista con T. A., estudiante y militante del PCE
- 27 SEFT, 12 de diciembre de 2005, entrevista con Antonio Pérez, albañil, militante de la JOC y del movimiento vecinal.
- <sup>28</sup> Fine, Gary A. “Public Narration and Group Culture. Discerning Discourse in Social Movements”, en Hank Johnston y Bert Klandermans, *Social Movements and Culture*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 1995, p. 141.
- 29 SEFT, 19 de mayo de 2005, entrevista con Juan Antonio Mata, funcionario y dirigente del PCE y de Comisiones Obreras (CCOO).
- 30 SEFT, 5 de junio de 2007, entrevista con Diego Martínez Junco, estudiante y militante en organizaciones católicas y de la izquierda revolucionaria.
- 31 AHPA, Interior, GC, 1970, “Memoria del Gobierno Civil” (libro).
- 32 AHJOC, ZLS, 1970, caja 95, carpeta 2.2. Varios de los mismos comenzaron a aparecer en diferentes localidades de la provincia como, entre otros, el Club Juvenil Montesinos en Ossa de Montiel, el Club Roda Joven, el Club Juvenil de Villarrobledo o el Stop Club de Almansa.
- <sup>33</sup> LVA, 17 de marzo de 1976.
- <sup>34</sup> Young, Iris Marion, “State, Civil Society and Social Justice”, en Ian Shapiro y Casiano Hacker-Cordón, *Democracy’s Value*. Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p. 152.
- 35 SEFT, 12 de diciembre de 2005, entrevista con Antonio Pérez, op. cit.
- 36 Comaroff, John, *The Body of Power. Spirit of Resistance: The Culture and History of a South African People*. Chicago, University of Chicago Press, 1985, pp. 261-262.
- 37 SEFT, 23 de mayo de 2007, entrevista con Pepe Tendero, empleado en una gasolinera, enlace sindical, militante del PC [m-l] y de la Joven Guardia Roja. SEFT, 14 y 29 de mayo de 2007, entrevista con Victoria Delicado.
- 38 AHJOC, ZLS, 1972, caja 95, carpeta 1.6, “Reunión de zona”. En Albacete eran numerosas las organizaciones que desarrollaban actividades de ocio al aire libre, desde los Exploradores de España hasta el Movimiento Junior, pasando por los campamentos organizados por los técnicos y animadores sociales, la Escuela Normal de Magisterio, los colegios religiosos, los centros parroquiales o la Hermandad de Donantes de Sangre. Ésta última, con la Ley de Asociaciones de 1964, disfrutó de una sección juvenil que promovió un buen número de actividades, entre ellas los campamentos, que permitieron a numerosos jóvenes encontrar espacios para una expresión con menos ataduras, lo que levantó –según la prensa– “en ciertos sectores timoratos, reacciones en contra”; LVA, 18 de octubre de 1974.
- 39 Eckstein, Susan, “Power and Popular Protest in Latin America”, en Susan Eckstein, *Power and Popular Protest. Latin American Social Movements*. Berkeley, University of California Press, 1989, p. 33.
- 40 SEFT, 25 de noviembre de 2005, entrevista con José Carlos López de Prado, op. cit.
- <sup>41</sup> Putnam, Robert, *Making Democracy Work*. Princeton, Princeton University Press, 1993, p. 89.
- <sup>42</sup> Almond, Gabriel y Verba, Sydney, *The Civic Culture*. Boston, Little Brown, 1963, p. 245.
- <sup>43</sup> Putnam, Robert, *Making Democracy Work*, op. cit., p. 90.
- 44 AHJOC, ZLS, 1972, caja 95, carpeta 1.11, “Reunión de zona”.
- 45 LVA, 28 de julio de 1974.
- 46 SEFT, 13 de junio de 2005, entrevista con Encarna Calero, trabajadora de la piel y militante de la JOC.
- <sup>47</sup> AHPA, Interior, GC, DC, 1969, Asociaciones, caja 768.
- <sup>48</sup> AHPA, Interior, GC, 1970, Derechos Ciudadanos (DC), Asociaciones, caja 764. Aun así, aunque fueron devueltos los estatutos, el Club funcionó, entre prohibiciones y sanciones, llevando a cabo una importante dinamización sociocultural en la localidad AHPCE, Nacionalidades y Regiones (NYR), 1970, Comité Provincial de Albacete (CPA), caja 67. Carpeta 5/3
- <sup>49</sup> AHPA, Movimiento Nacional (MN), 1975, Delegación Provincial de Juventud (DPJ), Participación, caja 28681.
- 50 AHPA, MN, 1973, DPJ, Asambleas y Consejos de Jóvenes, caja 28682.
- <sup>51</sup> Esta década se inauguró con un notable incremento del número de estudiantes en todos los distritos universitarios, con conflictos en carreras con menor tradición como Magisterio o Enfermería y se dieron también importantes acciones de oposición al proyecto de ley de selectividad que se mantendrían a lo largo de varios años con una alta repercusión en los centros de secundaria. Este conflicto sirvió para socializar los problemas educativos, pero también políticos, entre amplias capas de la sociedad civil en una coyuntura de crecimiento demográfico y de tendencia a la masificación de la educación.
- 52 SEFT, 23 de mayo de 2007, entrevista con Pepe Tendero, op. cit.
- 53 SEFT, 15 de junio de 2005, entrevista con Juan Antonio Mata.
- 54 SEFT, 18 de mayo de 2006, entrevista con T. A., op. cit.
- 55 SEFT, 26 de septiembre de 2005, entrevista con Antonio Navarro, estudiante y militante del Partido de los Trabajadores y de las CCOO. SEFT, 24 de noviembre de 2005, entrevista con Francisco Bonal, estudiante y militante de la Joven Guardia Roja y de las CCOO. Véase Mainer, José C., “La cultura de la transición o la transición como cultura”, en Carme Molinero, *La transición, treinta años después*. Barcelona, Península, 2006, p. 156.
- 56 Martín García, Óscar J., “Rojo, pero sobre todo demócrata”, en Santiago Leoné y Fernando Mendiola, *Voces e imágenes en la historia. Fuentes Orales y Visuales: Investigación histórica y renovación pedagógica*. Pamplona, UPN, 2007.
- Cohen, Jean L., “Strategy or Identity: New

- Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements”, en *Social Research*, 52/ 4 (1985), pp. 664-670.
- 57 Passy, Florence, “Social Networks Matter. But How?”, en Mario Diani, *Social Movements and Networks: Relational Approaches to Collective Action*. Oxford, Oxford University Press, 2003, p. 22.
- 58 Oliver, Pamela E. y Myers, Daniel J., “Networks, Diffusion and Cycles of Collective Action”, en Mario Diani, *Social Movements and Networks*, op. cit., p. 178.
- 59 Así lo apunta Eckstein, Susan, “Power and Popular Protest in Latin America”, en Susan Eckstein, *Power and Popular Protest*, op. cit., p. 27.
- 60 AHPCE, NYR, 1970, CPA, caja 67. Carpeta 5/3.
- 61 *LVA*, 9 de enero y 28 de febrero de 1974.
- 62 *LVA*, 5 de enero de 1974.
- 63 AHPA, Organización Sindical, 1974, Asistencia y Promoción, caja 2043.
- 64 Fuster, Francisco, *Historia del teatro en Albacete*. Albacete, Edición Francisco Fuster, 1974, p. 70.
- 65 Las bases teóricas de este argumento en Young, Iris M., *Inclusion and Democracy*. Oxford, Oxford University Press, 2000.
- 66 McAdam, Doug, “Beyond Structural Analysis: Toward a More Dynamic Understanding of Social Movements”, Mario Diani, *Social Movements and Networks*, op. cit., pp. 282-283.
- 67 Porta, Donatella Della, “Recruitment Processes in Clandestine Political Organizations: Italian Left Wing Terrorism”, en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sydney Tarrow, *From Structure to Action: Comparing Social Movements Across Cultures*. International Social Movement Research I, Greenwich, CT: JAI, p. 157.
- 68 SEFT, 28 de septiembre de 2005, entrevista con Albertina Córdoba, trabajadora del textil, militante de la JOC y del movimiento vecinal.
- 69 SEFT, 23 de mayo de 2007, entrevista con Pepe Tendero, op. cit.
- 70 Paserini, Luisa, *Autoritratto di gruppo*. Florencia, Giunti. 1988, pp. 56-66.
- 71 SEFT, 3 de marzo de 2005, entrevista con José María López Ariza, estudiante y militante del PCE. SEFT, 14 y 29 de mayo de 2007, entrevista con Victoria Delicado
- 72 Porta, Donatella Della, “Las motivaciones individuales en las organizaciones políticas clandestinas”, en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina, *Los Movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid, Trotta, 1998, p. 236.
- 73 SEFT, 14 y 29 de mayo de 2007, entrevista con Victoria Delicado.
- 74 SEFT, 23 de mayo de 2007, entrevista con Pepe Tendero, op. cit.
- 75 Oliver Olmo, Pedro, “Políticas represivas y nuevos movimientos sociales: propuestas para su enfoque historiográfico”. Ponencia en las *VIII Jornadas de Historia y Fuentes Orales* (El Barco de Ávila, 19, 20 y 21 de octubre de 2007).
- 76 Tomado de Woliver, Laura, *From Outrage to Action. The Politics of Grass-Roots Dissent*. University of Illinois Press, Chicago, 1993, p. 165.
- 77 SEFT, 25 de junio de 2005, entrevista con Antonio Navarro, op. cit.
- 78 SEFT, 5 de junio de 2007, entrevista con Diego Martínez Junco, op. cit.
- 79 Melucci, Alberto, “Getting Involved: Identity and Mobilization in Social Movements”, en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sydney Tarrow, *From Structure to Action*, op. cit., pp. 339.
- 80 Opp, Karl-Dieter y Roehl, Wolfgang, “Repression, Micromobilization, and Political Protest”, en *Social Forces*, 69, (1990), p. 524.
- 81 SEFT, 5 de junio de 2007, entrevista con Diego Martínez Junco, op. cit. SEFT, 3 de marzo de 2005, entrevista con José María López Ariza, op. cit.
- 82 Garretón, Manuel, “Popular Mobilization and the Military Regimen in Chile: The Complexities of the Invisible Transition”, Susan Eckstein, *Power and Popular Protest*, op. cit., p. 261.
- 83 SEFT, 26 de septiembre de 2005, entrevista con Antonio Navarro, op. cit.
- 84 SEFT, 23 de mayo de 2007, entrevista con Pepe Tendero, op. cit.
- 85 Martín García, Óscar J. y Ortiz Heras, Manuel, “Ser antifranquista y no morir en el intento”, en Santiago Castillo y Pedro Oliver, *Las figuras del desorden: heterodoxos, proscritos y marginados*. Madrid, Siglo XXI, 2006.